

EL VELO EN ISRAEL

Pastor Efraim Valverde, Sr.

“Empero los sentidos de ellos se embotaron, porque hasta el día de hoy les queda el mismo velo no descubierto en la lección del Antiguo Testamento, el cual por Cristo es quitado. Y aún hasta el día de hoy, cuando Moisés es leído, el velo está puesto sobre el corazón de ellos” (2 Corintios 3:14-15). “Porque Dios encerró a todos en incredulidad, para tener misericordia de todos” (Romanos 11:32).

Cuando el apóstol Pablo se adentra en este tremendo tema, sobre el cual estoy una vez más llamando la atención de mis hermanos y lectores, lanza la siguiente exclamación: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Romanos 11:33). Ahora, por mi parte, yo exclamo también y digo: ¿Cuán diferente es la expresión de reconocimiento del apóstol Pablo a la de muchos ministros del tiempo presente que reclaman y actúan como quienes ya son poseedores de TODOS los conocimientos y de los juicios de Dios?

Consta a muchos de mis hermanos que en los últimos años de mi ministerio he marcado continuamente, tanto en palabras como en letras, el hecho de que hay tres mensajes fundamentales sobre los cuales están basadas todas las verdades y la obra del Eterno, y que éstos son los siguientes:

1. ¿QUIÉN ES DIOS?
2. ¿QUIÉN ES ISRAEL?
3. ¿QUIÉN ES LA IGLESIA?

Todo lo declarado por el Creador en las páginas del Libro Santo está invariablemente conectado con los mensajes fundamentales descritos. Si lo fundamental no se entiende se está corriendo el peligro de estar edificando en falso, y tarde o temprano las consecuencias fatales de tal actuación habrán de traerle perjuicio al profesante cristiano.

Es por tal razón, por mi parte, que he sido movido continuamente por el Señor, ya por el curso de largos años, para insistir en hablar, escribir y enseñar sobre estas cosas, pues, “a mí, a la verdad, no es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro” (Filipenses 3:1). “Por esto, yo no dejaré de amonestaros siempre de estas cosas, aunque vosotros las sepáis y estéis confirmados en la verdad presente. Porque tengo por justo, en tanto que estoy en este tabernáculo, de incitaros con amonestación, sabiendo que brevemente tengo de dejar mi tabernáculo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado. También yo procuraré con diligencia, que después de mi fallecimiento, vosotros podáis siempre tener memoria de estas cosas” (2 Pedro 1:12-15).

En esta ocasión estoy escribiendo nuevamente sobre el Pueblo Judío, siendo el tema en esta vez: “El Velo en Israel”. Tema tan profundo e importante, insisto, que nunca podremos decir que ya lo hemos agotado todo. Por lo contrario, es tan escaso y reducido el conocimiento que prevalece no solamente entre el pueblo sino aún en el ministerio del

Nombre, que por mi parte, repito, siento la imperiosa necesidad de seguir enseñando sobre ello. Lo hago rogando a mi Dios que Él obre una vez más en los entendimientos de “los entendidos”, para que podamos así mirar qué tan importante es la relación “del velo en Israel”, con la salvación de nosotros los cristianos entre los gentiles.

Mucho he enfatizado antes ya sobre la declaración del Espíritu Santo, por instrumentalidad del apóstol Pablo, cuando nos dice a nosotros, los cristianos gentiles, “Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis acerca de vosotros mismos arrogantes: que el endurecimiento en parte ha acontecido en Israel, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito” (Romanos 11:25-26). Pues la presencia innegable de esa arrogancia mencionada, entre el profesante cristianismo en el mundo, es un hecho que solamente el que no quiere verla lo niega. La verdad es que la Palabra de Dios no puede dejar de cumplirse, y, “el ignorar este misterio” ha producido y sigue produciendo arrogancia”.

Son muchas las porciones Escriturales en el Nuevo Testamento por medio de las cuales se nos explica, y se nos exhorta, a nosotros los cristianos gentiles, para que consideremos y entendamos, y no olvidemos, “que la salvación (la nuestra) viene de los Judíos” (Juan 4:22). El apóstol Pablo nos dice: “Por tanto, acordaos que en otro tiempo vosotros los gentiles en la carne, que erais llamados incircuncisión por lo que se llama circuncisión, hecha con mano en la carne. Que en otro tiempo estábais sin Cristo, alejados de la república de Israel, y extranjeros a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2:11-12). El apóstol Pedro, por su parte, también se dirige a nosotros

los cristianos gentiles y nos dice: “Vosotros, que en el tiempo pasado no erais pueblo de Dios, mas ahora sois pueblo de Dios. Que en el tiempo pasado no habíais alcanzado misericordia, mas ahora habéis alcanzado misericordia” (1 Pedro 2:10).

La verdad clara e irrefutable que debemos de captar, tanto en las Escrituras citadas como en las muchas que hablan de lo mismo, es que El Espíritu Santo de Cristo quiere que nosotros estemos bien despiertos al hecho de que si ahora profesamos ser miembros del pueblo de Dios, es solo y únicamente por la operación misteriosa y tremenda del Eterno. Pues Dios, habiendo formado y llamado a Israel para hacerlo un pueblo especial, depositario de sus maravillosas promesas, quiso a su tiempo “cegarlo”. Por el velo, esto es, por su carne (Hebreos 10:20), para tener misericordia de nosotros los gentiles, que como los “perros” estábamos fuera y no teníamos parte con los hijos (Mateo 15:26). Y ahora “el velo para Israel”, o sea el cuerpo de Cristo Jesús Señor nuestro, habiendo sido ofrecido en sacrificio en la cruz, se convirtió en la maravillosa entrada nuestra a esta gracia (Romanos 5:1-2).

Lo desesperante de esta situación, durante el trascurso de 19 siglos y hasta el presente día, es el ver la continua tendencia del cristianismo de dar por hecho el privilegio de ser parte del Pueblo de Dios, y a la vez ignorando, despreciando, aborreciendo, persiguiendo y aun matando, al instrumento mismo que ha sido usado por Dios para traernos la salvación a nosotros los gentiles que, durante las edades y hasta hoy, profesamos ser miembros de la Iglesia del Señor. Por esta poderosa razón es más que imperativa la

necesidad de dar la instrucción sobre este tema vital, “para no ser acerca de nosotros mismos arrogantes”.

Como ha operado “El Velo” en Israel

Todas las Escrituras del Nuevo Testamento están invariablemente ligadas a los Escritos del Antiguo Testamento, por lo tanto, para interpretar justa y correctamente los Evangelios, los Hechos y las Epístolas Apostólicas, es indispensable para el cristianismo gentil forzar un poco su mente para cuando menos tratar de asomarse a la mentalidad del Judío. Al no hacerlo así, de seguro va a ser llevado por el mismo desvío de los siglos, durante los cuales, la mentalidad del cristianismo entre los gentiles ha interpretado la Palabra erróneamente. La prueba irrefutable para decir que tal interpretación ha sido errónea, es nada menos que la actitud de superioridad mostrada por los cristianos gentiles sobre los Judíos, con el subsecuente sentir de desprecio, aborrecimiento y odio para estos últimos.

En vía de confirmación para lo antes declarado explico, que lo dicho no solamente lo he leído en los libros de historia tanto religiosa como secular, sino que ya por un largo número de años lo he visto con mis propios ojos, y oído con mis propios oídos. Esta operación sagaz del engañador es tan sutil, que raya en lo increíble. Hombres distinguidos, y aún poderosos en la Palabra, entre el cristianismo, han sido y están hasta hoy siendo llevados por la corriente maligna de la confusión descrita, y lo vemos despreciando al Judío.

Dios, por medio de esa operación tremenda y misteriosa que señaló al principio, cultivó en la mente del pueblo de Israel durante el transcurso de los siglos, una idea muy única con relación a la Divinidad. Para ellos hasta el día de hoy (más particularmente entre los Judíos Ortodoxos), Dios es incomprensible para la mente humana. Ellos aprendieron muy bien las lecciones que Dios quiso darles en la antigüedad, cuando cayeron muchas veces en el pecado de la idolatría, y así, la declaración Escritural que dice: “no te harás imagen de ninguna semejanza” (Éxodo 20:4) la han tomado a manera de negar completa y rotundamente el hecho de que Dios tenga alguna forma o figura visible. Por eso la idolatría no existe hoy en la mente Judía.

Las mismas Escrituras del Antiguo Testamento (que son, por cierto, las únicas que ellos reconocen como sagradas), en donde el Señor se presenta en su cuerpo visible (Génesis capítulo 18 y 32:24; Josué 5:13-15; Jueces capítulo 13; Isaías 6:1; Ezequiel 1:26; Daniel 7:9), ellos tratan de explicarlas en una forma o en otra, sosteniendo a toda costa la interpretación que ya antes mencioné, de que Dios es incorpóreo completamente. Viendo la Divinidad únicamente, por el aspecto espiritual, ciertamente que ellos tienen toda la razón, pues el mismo Señor lo confirma cuando dice que: “Dios es Espíritu” (Juan 4:24). Dios, el Espíritu Eterno, no tiene figura y por lo tanto, no puede verse. No tiene principio, no tiene fin; lo cubre todo, tanto en tiempo como en distancia. En realidad es incomprensible para la mente humana finita, porque Él es Infinito.

Mas precisamente, las Escrituras citadas en el Antiguo Testamento nos declaran sin lugar a dudas la manifestación del aspecto visible de Dios, a quien ha placido en el curso de los tiempos mostrarse a sus criaturas con la imagen en que fuimos hechos (Génesis 1:26-27). Aquí nosotros podemos ver claramente la operación misteriosa de Dios en lo que toca al “Velo (en Israel) no descubierto en la lección del Antiguo Testamento”. Para nosotros es difícil aceptar el que Israel no pueda entender una realidad tan clara pero, repito, esa es la forma en que Dios ha obrado “encerrando a todos en incredulidad, para tener misericordia de todos”. “¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos!”

Cierto es que en el Nuevo Testamento “el velo es quitado”. Pero a la vez “el velo, en Israel, no le deja ver ni aceptar al Señor Jesús como el Cristo (Mesías), y por lo consiguiente tampoco los escritos del Nuevo Testamento. Repito, el pueblo Judío no puede aceptar el hecho de que el Dios eterno pueda verse en alguna forma, menos como un hombre. Inclusive, por más de tres mil años ya, ha sido la esperanza en el Mesías de Israel la que hasta hoy ha sostenido al pueblo Judío en su peregrinación a lo largo de la historia. Mas aquí volvemos a verles con el mismo problema por cuanto ni entre ellos mismos se pueden poner de acuerdo ni en la naturaleza del Mesías, mucho menos aceptar que Jesús es El Señor, y que Él es Dios.

Hoy mismo son muchas las opiniones de los Rabinos y los Eruditos Judíos con relación a las profecías que en el Antiguo Testamento hablan de la venida del Mesías. Unos dicen que es un líder político poderoso; otros dicen que no es precisamente un personaje, sino

un tiempo en que reinará la paz. La actitud del Pueblo Judío hoy, sigue siendo algo muy parecido a la situación que nos describen los Evangelistas cuando El Señor preguntó: “¿Quién dicen las gentes que es el hijo del hombre?” (Mateo 16:13-17; Marcos 8:27-29; Lucas 9:18-20). “El velo, en Israel”, después de más de 19 siglos, debe ser para nosotros los cristianos entre los gentiles, una tremenda prueba de la veracidad de La Palabra del Señor. Si “el velo” no estuviera hoy en Israel nuestra propia salvación pudiera quedar en duda por la sencilla razón de que esa señal faltaría.

“Empero los sentidos de ellos se embotaron, porque hasta el día de hoy les queda el mismo velo”. Y ese velo no les será a ellos quitado, “hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles”. Pues el concepto de Dios, por Dios, que hay en ellos, no cambiará hasta que, como el incrédulo Tomás, vean al Mesías (a Jesucristo el Señor), “que vendrá sobre las nubes del cielo, con grande poder y gloria” (Mateo 24:30). Ese será el día glorioso para ellos, y por consecuencia también el día glorioso para nosotros, pues la resurrección que nosotros esperamos fue prometida a ellos antes que a nosotros (Ezequiel 37:11-14) y, “en el día del Señor” se cumplirá. “Porque si el extrañamiento de ellos es la reconciliación del mundo, ¿qué será el recibimiento de ellos, sino vida de los muertos?” (Romanos 11:15).

Que entendidos, entonces, que hoy “el velo en Israel, no puede ser quitado hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles”. Seguro que algunos entre ellos han sido escogidos por Dios como “reliquias” para reconocer que Jesús es el Señor, el Mesías de Israel; “Dios manifestado en carne”. Pero la gran mayoría continúa “endurecida en parte”. No

“en parte” de número, sino “en parte” del conocimiento, pues la iluminación y el entendimiento de las Escrituras del Antiguo Testamento está hasta el día de hoy con ellos. “La parte” en la que está el “endurecimiento” es en lo que toca a la revelación de la Divinidad de Jesucristo el Señor, que en el caso, es la bendición maravillosa para nosotros.

Por lo tanto, nuestra parte hoy para Israel y el Pueblo Judío del Esparcimiento, no es el tratar de “convertirlos”. Ese es trabajo del Dios de Israel con su Pueblo escogido. La parte de nosotros, los cristianos gentiles es hoy más que nunca, el mostrarles a ellos nuestro aprecio, nuestro amor, nuestro profundo agradecimiento por ser ellos el instrumento y el vaso usado por el Dios Eterno para traernos la salvación. “Porque la salvación viene de los Judíos”. Inclusive, nuestra gratitud debe incluir el precio de sangre que ese pueblo ha tenido que pagar, en el trascurso de los milenios, por sostener la verdad y el mensaje supremo de Un Solo Dios (Deuteronomio 6:4). El lugar único y especial que “el Pueblo del Libro” ocupa en el plan divino de la redención de la raza humana, nadie puede quitárselos. Pues “que son Israelitas, de los cuales es la adopción, y la gloria, y el pacto, y la data de la Ley, y el culto, y las promesas. Cuyos son los padres, y de los cuales es Cristo según la carne (‘el velo’), el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén” (Romanos 9:4-5).

Procuremos entonces, como ya lo señalé antes, el hacer siempre el esfuerzo por asomarnos en la mentalidad Judía para poder entender mejor, y apreciar más, el plan misterioso y profundo de Dios para alcanzarnos a nosotros con su salvación. La actitud

que los Judíos mostraron para con el Señor, en los días de su manifestación en carne, es exactamente la misma hasta el presente día. Para ellos en aquel entonces fue una blasfemia en que el Jesús de Nazareth se hiciera semejante a Dios. “Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia, y porque tú, siendo hombre, te haces Dios” (Juan 10:33).

Para nosotros, cuya mente está amoldada a una mentalidad diferente que la del Judío, no es difícil el aceptar al Dios de los cielos manifestado en la antigüedad en una semejanza humana; y por lo consiguiente no nos es difícil tampoco aceptarlo en Cristo como Dios manifestado en carne. (Por cierto que es tan posible, al grado que el cristianismo en su gran mayoría ha sido llevado en el desvío del error para creer aún, no solamente en una persona en la Divinidad, sino hasta en tres). El Judío guardador de los mandamientos de La Ley, y celoso de las ordenanzas y tradiciones antiguas de su pueblo, ya lo he explicado antes, nunca podrá aceptar, mientras “el velo” esté puesto en Israel, el que Dios tenga un cuerpo visible y tangible y mucho menos que haya sido un hombre.

Lo que el cristianismo, hablando en términos generales, ha tratado de hacer con los Judíos durante el transcurso de casi dos milenios, es forzarlos a aceptar la mentalidad de los gentiles y no lo ha podido lograr. La revelación de Dios en Cristo es precisamente “el velo, en Israel”, sobre el cual aquí hemos tratado. Para este tiempo, después de todos los siglos transcurridos, los cristianos entre los gentiles debemos de estar convencidos ya, de que nosotros no vamos a poder convencer al Pueblo Judío de que el Señor Jesús es el Cristo, el Mesías de Israel. Recordemos siempre, para que así lo veamos con amor, que

“el velo, en Israel”, es como una garantía de seguridad en la salvación para nosotros. Al entender esta verdad en su debido orden y lugar, entonces podemos ver a Israel y al Pueblo Judío como Dios quiere que lo veamos, y sentir para ellos como el Señor quiere que sintamos, por eso se nos exhorta diciendo: “que si algunas de las ramas fueron quebradas, y tú, siendo acebuche, has sido ingerido en lugar de ellas... no te jactes contra las ramas... ni te ensoberbezcas, antes teme” (Romanos 11:11-24).

Dios nos ayude, por tanto, para que podamos estar despiertos ante las operaciones misteriosas y maravillosas del Eterno. Que podamos mirar, con la reverencia y el reconocimiento debido, lo majestuoso de su obra para con su pueblo: Israel y la Iglesia. Que “no ignoremos el misterio” en parte aquí explicado, “para que no seamos acerca de nosotros mismos arrogantes”. Pues insisto, en que son muchos los que, consciente o inconscientemente, en el transcurso de los siglos y hasta el presente día, han caído en el engaño del anticristo, y hoy se jactan y se glorían en las historias y tradiciones de sus respectivas religiones cristianas, y olvidan, ignoran, desprecian y aún maldicen al Judío.

En nuestro propio tiempo, Hitler, y la Alemania Nazista “cristiana”, cometió la matanza sistemática más macabra de toda la historia humana, masacrando a más de seis millones de seres humanos, cuyo único pecado fue el ser miembros de una raza que Dios escogió; y el horrible holocausto lo llevó a cabo justificándose con la misma Palabra de Dios, torcida ciertamente con las enseñanzas anti-semíticas del gran reformador, Martín Lutero.

Para finalizar, enfatizo la importantísima declaración del apóstol Pablo, por el Espíritu Santo: “digo pues: ¿ha desechado Dios a su Pueblo? ¡en ninguna manera!... no ha desechado Dios a su Pueblo, al cual antes conoció” (Romanos 11:1-2). Hay muchos cristianos, y también ministros, que piensan diferente. Pero la ceguera de ellos no mengua en lo mínimo la verdad de Dios, y la Palabra de Dios es la verdad. Hoy está “el velo, en Israel”, pero ya pronto será quitado y entonces “habrá un rebaño, y un Pastor” (Juan 10:16).

Por mi parte, no dejo de dar gracias a mi Dios por cuanto quiso revelarme este misterio, y por bastantes años ya ha sido mi privilegio enseñar sobre este tema vital a mis hermanos en Cristo el Señor. No me avergüenzo, antes por lo contrario me honro en decir que amo a Israel, que amo al Pueblo Judío, que amo la Tierra Santa, y también amo la Ciudad que Dios escogió: JERUSALEM. •